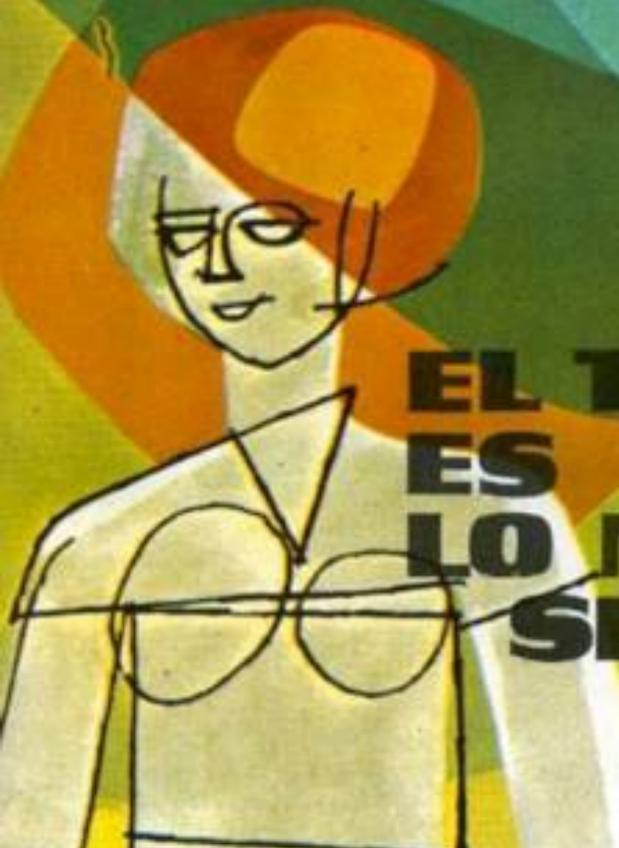


Clifford D. Simak



**EL TIEMPO
ES
LO MAS
SIMPLE**



LLEGÓ un momento en que el hombre tuvo que admitir que no le sería posible alcanzar las estrellas. Lo había sospechado por los cinturones radioactivos de Van Allen, cuando fueron descubiertos por el sabio astrónomo que le dio su nombre, hasta que gradualmente, se llegó a la total certidumbre. Pero el hombre, con su interminable ingeniosidad, resolvió el problema con el auxilio de los telépatas, y con la ayuda de una gigantesca organización del más alto secreto, llamada «Anzuelo», mediante la cual, los hombres podían lanzar sus mentes a las profundidades del espacio. Y en una de esas ocasiones, Sheperd Blaine, mientras exploraba su camino asignado por el «Anzuelo» tomó contacto con una criatura fantástica, omnisciente, sin forma, una amistosa Cosa de Color de Rosa que le dijo: «Intercambio mente con la tuya». *EL TIEMPO ES LO MÁS SIMPLE* relata la apasionante odisea de Shep, mientras lucha por salvar su vida de las garras del «Anzuelo» y convence al mismo tiempo a las gentes de la Tierra de que nada hay que temer de los hombres que están dotados de poderes paranormales.

Prólogo

Y, FINALMENTE, llegó el tiempo en que el hombre comenzó a admitir que se hallaba bloqueado totalmente, para viajar por el espacio. Primeramente, lo había sospechado, cuando Van Allen descubrió los cinturones de radiación que circundan la Tierra ^[1] (y que llevan su nombre) y los sabios de Minnesota emplearon globos especiales para captar el bombardeo de los protones solares. Pero el hombre había soñado demasiado tiempo con la aventura para abandonarla, incluso ante semejante dificultad insuperable y no quiso desistir de ese sueño, sin antes intentar lo imposible.

Y lo intentó... y siguió intentándolo, aún después de que muchos valientes astronautas dieron sus vidas, para demostrar sencillamente que no podía realizarse. El hombre era demasiado frágil para los vuelos interestelares. Moría con demasiada facilidad. O era destruido por las radiaciones primarias del Sol, o lo era por las secundarias, que se originaban en los metales de sus propias astronaves.

Después de muchos años se convenció trágicamente de que su sueño nunca sería una realidad positiva, debiendo contemplar las estrellas con amargura y desilusión, ya que parecían hallarse más lejos todavía de lo que lo estaban en la realidad.

Y tras mucho tiempo, tras incontables aventuras mortales en los espacios y un millón de fracasos rotundos, el hombre se rindió al fin.

Y abandonó la empresa.

Pero existía, no obstante, un camino mejor.

Capítulo I

SHEPERD Blaine tuvo la sensación de encontrarse en «casa», o al menos no siendo aquello una casa exactamente, un lugar para habitar en él. Había, en efecto, un sentido de orden y proporción, y de forma, que no ocurría en la naturaleza, incluso en la extraña naturaleza de aquel planeta lejano de una estrella desconocida, lejos, muy lejos, de la madre Tierra. Sus pisadas no dejaban rastro sobre el suelo, como las habían dejado sobre la arena de las dunas, antes de haber llegado fatigosamente a aquel lugar donde se hallaba, fuese aquello lo que fuese. El viento era sólo un susurro comparado con el aullido ululante de la tormenta del desierto, a través del cual había avanzado sin cesar. El piso era duro y suave, pulido y de un azul brillante, deslizándose por él con extrema suavidad. Existían formas esparcidas aquí y allá, cosas que igual podían ser fornituras, equipos o dispositivos de un valor estético determinado, y todo era azul en su conjunto, pero no con la caprichosa forma de lo conformado por el viento, el sol o los fenómenos naturales, sino que tenían sus siluetas perfectamente delineadas en líneas rectas o curvas, como algo realmente funcional.

Las estrellas brillaban lejanas y el sol de aquel planeta lucía distante; pero aquella habitación, aquella estancia, no estaba cerrada por ninguna parte.

Blaine avanzó despacio, con sus sensores tensos y expectantes y funcionando a plena capacidad, persistiendo siempre en él el sentido de «casa» y también el de hallarse vivo completamente. Sintió que un apreciable impulso de excitación se agrandaba dentro de él, por cuanto no era frecuente hallar formas de vida en aquellas experiencias. Y

allí, en aquella suave y brillante superficie azulada, existía una inteligencia, despierta y viviente.

Su paso se hizo más lento, como si fuese arrastrando los pies, y sus pisadas resultaban como un susurro sobre el suelo azulado y todos sus sensores despiertos y en pleno funcionamiento, apreciando el murmullo de la cinta registradora que absorbía la visión, el color, el sonido y la forma e incluso la dimensión de todo, controlando la temperatura, el tiempo, el magnetismo y todos los demás fenómenos que existían en aquel planeta.

Y observó a la forma viviente, la Cosa que se esparcía blandamente sobre el suelo, como si se tratara de un ser perezoso tumbado sin hacer nada, sin esperar hacer nada, sino sencillamente yaciendo allí... Blaine se acercó poco a poco, conservando sus lentos pasos, teniendo el convencimiento de su incapacidad física para no poder intentar nada acerca de aquella vida allí existente, mientras que los registros que le acompañaban iban tomando nota exacta de todo.

Aquello era rosa, de un excitante color de rosa, no de un tono desagradable como frecuentemente es el tal color, ni de una tonalidad deslavada, ni un rosa anatómico, sino una bella tonalidad, la clase de color de rosa que se viste la niña de nuestra vecindad en la fiesta de séptimo aniversario de su nacimiento.

Aquello estaba mirándole —quizá no con ojos— pero le miraba. Se hallaba advertido de su presencia, y no parecía existir miedo alguno en aquella apreciación. Finalmente, Blaine se aproximó a unos seis pies de distancia, se detuvo y esperó. Era algo masivo, de doce pies de altura en su mitad aproximadamente y se expandía en un área de veinte o más pies de diámetro. Sobresalía por encima de la pequeñez de la máquina que era Blaine, sin que pareciera existir ninguna amenaza contra él, aunque tampoco mostraba amistad alguna. No era nada concreto todavía. Era sencillamente una gran protuberancia informe. «Aquello era lo

peor», según pensó el propio Blaine. Era el momento en que podía tocarlo o destruirlo. El movimiento que hizo entonces podía significar la pauta a seguir para toda su futura relación con aquella cosa con la que se estaba encarando. Permaneció perfectamente rígido, inmóvil y sin hacer nada. Los sensores tiraron de él hacia atrás mientras la cinta registradora continuaba funcionando suavemente. Y ya le resultaba difícil seguir esperando, porque el tiempo pasaba. Había poco que perder.

Y entonces sintió el vivo agitarse de su organismo, recogido por los impulsos electrónicos sofisticados de la máquina que por el momento era su propio cuerpo, el estremecimiento del ser que estaba esparcido sobre el suelo con aquel notable color de rosa, el flujo viviente de un pensamiento a medio formar, el principio de una comunicación, la ruptura del hielo, en fin. Blaine sintió la tensión del júbilo que estallaba en su interior. Era estúpido sentirse contento todavía, ya que no había certeza de indicación de poder telepático. No obstante, aquel flujo misterioso parecía tenerlo, era como una ligera connotación...

—¡Insiste! —se dijo a sí mismo—. ¡Insiste!

—¡Permanece en ese instante!

—¡Sólo por treinta segundos más!

Aquel misterioso flujo le conmovió de nuevo, más alto y con más agudeza como si la criatura esparcida ante él hubiese aclarado su garganta antes de intentar un discurso.

Era difícil tomar contacto telepático con una criatura extraña, de otro mundo, algo más bien raro y poco frecuente. Y nada mejor que la vieja y clásica telepatía.

Y aquella criatura habló.

—¡Eh, amigo! Puedo intercambiar mi mente con la suya...

La mente de Blaine surgió aterrada, con un grito sin sonido audible, en una espantosa sorpresa, próxima al pánico. Por cuanto, sin aviso alguno, él era algo doble: él mismo y aquella otra criatura. Por un instante caótico, él vio lo

que ella veía, sintió como la criatura había sentido y supo lo que aquello había sabido igualmente.

Y en aquel mismo instante, él era asimismo Sheperd Blaine, un explorador anzuelo, una mente proyectada hacia el extremo desde la Tierra, y muy lejos de su origen.

Y también, al propio instante, su tiempo terminó.

Se produjo una sensación de precipitarse con violencia, como si el espacio en sí mismo pudiese pasar tronando a una fantástica velocidad. Sheperd Blaine, protestando de aquello, fue lanzado a través de cinco mil años luz de distancia, a un lugar concreto del norte de México.

Capítulo II

BLAINE fue surgiendo de aquel pozo de obscuridad, donde había estado sumergido, empeñándose con ciega persistencia en terminar el camino emprendido, como algo parecido a conducirse por el puro instinto. Y se dio cuenta dónde estaba, estuvo bien seguro, aunque sin asirse a aquel conocimiento. Se había encontrado en aquel pozo momentos antes, muchas veces antes también, y ello le resultaba familiar; pero ahora sentía algo extraño que jamás había experimentado con anterioridad.

Era él mismo, sin duda alguna, pero en él radicaba aquella extrañeza casi como si fuese otra persona, como si solo fuese la mitad de sí mismo, y su otra mitad estuviese en poder de un ser desconocido, que le empujase contra un muro, inyectándole un temor insuperable que le aplastaba, abandonándole en la más absoluta soledad, una soledad llena de pavor cósmico insufrible, insoportable.

Fue surgiendo de aquel pozo sin fondo con un titánico esfuerzo de voluntad, como si tuviera que luchar con uñas y dientes, y su mente también tenía que luchar fanáticamente, como si no quisiera volver a sentir jamás aquella mortal y espantosa sensación, huyendo de aquella cosa que parecía haber formado parte de su propia vida y permaneciendo aparte, no obstante, tanto tiempo como viviera. Descansó un momento del salto experimentado y trató de dividirse, de clasificarse a sí mismo; pero él se hallaba mezclado con demasiadas cosas, había estado en muchos otros lugares misteriosos y aquello le tenía totalmente confuso. Era un ser humano (en cualquier forma que lo fuese) y era al propio tiempo una máquina escurridiza, además de ser aquella cosa color de rosa esparcida en un brillante suelo

azul. Asimismo, era aquella insensatez que caía a través de eones de tiempo gritando terror, aunque en puras matemáticas sólo fuese una fracción de segundo.

Surgió, por fin, a la total consciencia de su experiencia. La obscuridad se desvaneció y advirtió a su alrededor una suave luz. Se hallaba yaciendo de plano sobre la espalda y se sintió en su hogar, en su mundo, con un profundo agradecimiento al saberse así de nuevo. Por fin despertó. Era Sheperd Blaine, un explorador para el Anzuelo. Había permanecido lejos, muy lejos en el espacio cósmico para husmear y saber lo que ocurría en lejanas estrellas. Había viajado muchos años luz, en tiempos que a veces tenían alguna significación y en otras, ninguna. Pero esta vez había encontrado una cosa y una parte de aquella cosa había vuelto a la Tierra con él mismo.

Lo había buscado y encontrado en un rincón de su mente, apretado estrechamente contra sus temores, y trató de acomodarse a la nueva situación, aún temiéndola. Era algo terrible hallarse capturado por una mente extraña, perteneciente a un mundo lejano y extraño. Y de otra parte, era algo repulsivo tener algo parecido enroscado dentro de la propia mente.

«Es duro para los dos», pensó Blaine, hablando para sí y para la otra cosa que ya formaba parte de sí mismo.

Trató de poner sus pensamientos en orden. Había partido antes, hacía unas treinta horas, no él, por supuesto, ya que su cuerpo había permanecido inmóvil allí, sino su mente como una máquina escurridiza y deslizante hacia aquel planeta inimaginado que giraba alrededor de un sol desconocido. El planeta no era en sí muy diferente de otros muchos planetas. Era simplemente un mundo salvaje y extraño, causando el mismo efecto que los demás, cuando se caía por primera vez sobre ellos. Pero esta vez se había encontrado con terribles tormentas de arena, al igual que en otros desiertos helados, o bien inmensos territorios de rocas primitivas. Durante treinta horas había luchado con

aquella terrible arena sin haber apreciado nada. Y, repentinamente, había llegado a aquella estancia azulada con el Color de Rosa esparcido en su interior y al tomar contacto con el Color de Rosa, o la sombra de aquello, había vuelto a la Tierra con ello. Surgió de donde había estado escondido, sintiendo el contacto de la cosa nuevamente, y el pleno sentimiento y conocimiento de ello. La sangre le corría por las venas como un torrente helado, sintiéndose transido por la extraña influencia cósmica que ya formaba parte de su propio ser, sintiéndose igualmente impelido a gritar, loco de terror; pero no lo hizo. Continuó controlándose, y el Color de Rosa enrollado en el secreto escondrijo de su mente.

Blaine abrió los ojos y vio en el techo el resplandor de un bulbo eléctrico que le apuñalaba la vista. Hizo un inventario de su cuerpo y comprobó que todo estaba en perfecto orden. Realmente, no había razón alguna para lo contrario, ya que había permanecido en el mismo sitio durante aquel período de treinta horas consecutivas.

Estremecido, se levantó, incorporándose para sentarse de nuevo, viendo rostros que le miraban fijamente, rostros que se balanceaban en la luz.

—¿Difícil, eh? —preguntó una cara.

—Todos son difíciles —repuso Blaine.

Saltó de aquella máquina en forma de catafalco, estremeciéndose de nuevo por el frío.

—Aquí tiene su chaqueta, señor —dijo uno de aquellos rostros que le observaban, con el cuerpo embutido en una blusa blanca.

La mujer le ayudó a vestirse, encogiéndose de hombros al hacerlo.

La mujer le acercó un vaso, del que tomó un sorbo, comprobando que era leche. Tendría que haberlo supuesto por anticipado. En cuanto alguno de ellos volvía en sí, se le proporcionaba en el acto un vaso de leche. ¿Con algo dentro, quizá? Nunca se le había ocurrido a Blaine preguntar sobre aquello. No era sino una de las mil cosas pequeñas

en apariencia, con que el Anzuelo le había hechizado a él y a todos los demás como él. El Anzuelo, en un siglo o más de existencia, se las había arreglado para acumular una completa tradición de antiguas costumbres y pequeños detalles en diversas gradaciones.

Gradualmente se hacía con su personalidad, mientras bebía el vaso de leche. Ahora encontraba familiar cuanto le rodeaba. Allí estaba la gran sala de operaciones con sus hileras de brillantes máquinas estelares, algunas de las cuales permanecían cerradas y el resto abiertas. En las cerradas yacían otros como él mismo, con sus cuerpos allí en reposo y las mentes lejos, muy lejos, en los espacios cósmicos.

—¿Qué hora es? —preguntó Blaine.

—Las nueve de la noche —repuso un hombre que sostenía una agenda en la mano.

La sensación de lo extraño volvía a torturarlo de nuevo la mente, y allí surgían otra vez las mismas palabras: ¡Eh, amigo! Puedo intercambiar mi mente con la suya...

Pero entonces, a la luz de la razón humana, aquello era verdaderamente sorprendente, insólito. Era como un saludo perfectamente inteligible. Como un cordial apretón de manos de un amigo. Siendo un choque amistoso de las dos mentes, la sensación aún era más apreciable que si se hubieran apretado las manos materialmente.

La chica se le aproximó y le tocó en un hombro.

—Termine su leche, por favor —le dijo.

Y Blaine pensó que de haber sido un truco de su imaginación, sus percepciones no serían tan reales como lo eran. Sí, efectivamente, la sensación de extrañeza cósmica seguía yaciendo en un rincón de su cerebro, viva y palpitante.

—¿La máquina me ha hecho regresar perfectamente? —inquirió Blaine, inquieto.

—Sin el menor inconveniente —le respondió el hombre de la agenda.

«Media hora», pensó Blaine con calma, sorprendiéndose de hallarse tan encalmado interiormente. Media hora ha-

bía permanecido con la mente proyectada hacia los espacios interestelares, con el tiempo requerido para la impresión de los registradores. Sí, allí estarían todos los datos, contando la completa historia de lo sucedido, sin el menor error, en ello no había duda posible. Y antes de que ellos lo leyeran, él debería marcharse lejos.

Miró a su alrededor y de nuevo sintió la satisfacción, la excitación y el orgullo que, hacía años atrás, había experimentado por primera vez, cuando fue llevado a aquella estancia. Allí se encontraba el corazón vivo, el cerebro de la organización, el Anzuelo, donde se proyectaban las mentes hacia el exterior, hacia los más remotos lugares del profundo espacio cósmico.

Pero no era cuestión de meditar sobre aquello, simplemente, debía marcharse. Acabó el vaso de leche y devolvió el recipiente a la joven que aguardaba. Se volvió hacia la puerta.

—Un momento —le dijo el hombre de la agenda—. Se olvida usted de firmar, señor.

Refunfuñando, Blaine tomó el lápiz que colgaba de la agenda y firmó. Aquello formaba parte de las mil y una cosas rutinarias del servicio, había que firmar al entrar, al salir, permanecer con la boca bien cerrada y todo en el Anzuelo actuaba como si el lugar fuese a disolverse en un montón de polvo si alguien descuidaba el más pequeño trámite.

Blaine se dispuso a marcharse.

—Perdone, señor Blaine, pero descuidó usted de anotar cuándo volverá para la evaluación.

—Mañana temprano, a las nueve —repuso brevemente Blaine.

Ya podría anotar cuanto quisiera, ya que él no pensaba volver más. Ya había perdido treinta minutos, no podía malgastar ni uno más.

El recuerdo de la memoria de aquella noche de hacía ya tres años atrás, se le hizo más agudo a medida que transcurrían los segundos. Podía recordarlo, no sólo por las pala-

bras, sino hasta en el tono que se empleó con ellas. Cuando Godfrey Stone le había telefoneado aquella noche, allí se oían perfectamente los sonidos de unos sollozos en su garganta, como si hubiese estado corriendo desesperadamente, y en los que se notaban un sentimiento de pánico.

—Buenas noches a todos.

Se dirigió hacia el corredor y cerró la puerta tras él, hallándose el lugar completamente vacío a su alrededor. Las puertas laterales se hallaban todas cerradas, aunque algunas luces brillaban en el interior. El corredor estaba completamente desierto y todo se hallaba en la mayor quietud. Pero aun dentro de aquella quietud y soledad, se intuía una sensación de maciza vitalidad, como si todos los del Anzuelo permaneciesen a la escucha. Como si todo aquel poderoso complejo no dejara jamás de montar la vigilancia y jamás descansaran del todo, en los laboratorios y estaciones experimentales, en las factorías y en las universidades, en todas las oficinas de proyectos, en las vastas bibliotecas y en los almacenes y todo lo demás. Se detuvo un momento, considerando la situación. Todo era sencillo. Podía salir de allí y una vez hecho, nada habría que pudiera detenerle. Podría tomar su coche del aparcamiento, que se encontraba a cinco bloques de edificios más allá, y dirigirse hacia el norte, hacia la frontera. Pero aquello sería demasiado simple, demasiado fácil.

Sería lógicamente el camino que los del Anzuelo supondrían que habría tomado. Y había algo más: el pensamiento machacón, la monstruosa duda. ¿Debería realmente salir corriendo?

Cinco hombres en tres años, desde aquello de Godfrey Stone... ¿era toda la evidencia?

Continuó adelante en el corredor de salida mientras que su mente iba analizando toda suerte de dudas. Llegó a la conclusión de que no había lugar para las dudas. Cualquier duda que pudiese surgir, no le impediría tener la certeza de

que se hallaba en el camino recto, aunque tal rectitud fuese una posición intelectual y la duda emocional.

Se convenció a sí mismo de que todo quedaba reducido a un simple factor: no deseaba huir y escapar del Anzuelo, le gustaba quedarse allí, no deseaba salir... Pero aquello le había causado una lucha interior que duraba meses. Y había llegado a la decisión final. Llegado el momento, se iría. No importaba cuánto deseaba quedarse, tiraría todas las cosas por la borda y huiría. Godfrey Stone, en su desesperada huida, le había hecho una llamada, no de ayuda, sino de aviso.

—Shep —le había dicho, con voz sollozante y entrecortada, como si se hallase corriendo desesperadamente—. Shep, escucha y no me interrumpas. Si alguna vez comienzas a sentirte enajenado, márchate en el acto. No esperes ni un minuto más. Márchate sin pensarlo. —Y el receptor cayó sobre el aparato telefónico. Aquello fue todo.

Blaine recordaba cómo había permanecido allí, todavía con el teléfono en la mano.

—Sí, Godfrey —había respondido, aun sabiendo que al otro extremo sólo existía el silencio—. Sí, Godfrey, lo recordaré. Gracias y buena suerte.

Y no había mediado ni una sola palabra más de nuevo. Jamás había vuelto a saber nada de Godfrey Stone.

«Si llegas a enajenarte...», le había dicho Stone. Y ahora se hallaba a sí mismo convertido en un ser enajenado, extraño, ya que podía sentir la extrañeza de una fantástica criatura cósmica de otro mundo, arrinconada en un escondite secreto de su cerebro. Allí estaba la advertencia, materializada ahora de su amigo Stone. Pero ¿qué habría ocurrido con los otros? Ciertamente que no habrían encontrado el Color de Rosa, como él, a cinco mil años luz de distancia. ¿Cuántos otros caminos podrían convertir a un hombre en un ser enajenado?

El Anzuelo sabía que él ya lo era. No había forma de poder ocultarlo, de disimularlo. Lo sabrían en cuanto pasa-

ran los registros de la máquina estelar y le pondrían inmediatamente bajo estrecha custodia, vigilándole constantemente, ya que conocerían el hecho de haberse enajenado, aunque no se calcularan, ni el alcance, ni la manera en que se había vuelto un ser de otro mundo. Su vigilante secreto podría hablarle amistosamente, incluso con simpatía, tratando de arrancarle de su cerebro el elemento extraño insertado, para descubrir lo que pudiera ser.

Llegó al ascensor y cuando tocaba el botón, se abrió una puerta del hall.

—¡Oh, Shep, es usted! —dijo el hombre que apareció en la puerta—. Le oí bajando al hall. Me imaginaba quién podría ser...

Blaine se volvió hacia el ascensor.

—Sí, claro, es que me marchaba en este momento.

—¿Por qué no viene usted un momento? —le invitó Kirby Rand—. Es una ocasión excelente para abrir una botella y tomarse un trago.

No era momento de vacilaciones. O aceptaba la invitación de tomarse una o dos copas o se marcharía con cualquier excusa cortés. Y de ser así Rand entraría en sospechas, ya que la sospecha era el oficio de Rand. Era el jefe de seguridad del Anzuelo.

—Gracias —repuso Blaine tan naturalmente como pudo—. Por poco tiempo. Hay una chica por medio. Y no deberé dejar que me espere...

«Aquello —pensó Blaine— sería la mejor forma de bloquear una excesiva detención bebiendo y charlando, o que surgiera la invitación para cenar o ir a algún espectáculo». Oyó subir el ascensor; pero se apartó, no tenía más remedio que aceptar. Mientras pasaba a la oficina de Rand, éste le golpeó en el hombro con aire campechano. —¿Un viaje feliz, eh?

—Sin el menor inconveniente.

—¿Muy lejos?

—Sobre unos cinco mil...